

CAPITULO LXII.

Historia del Curro.

El Curro tomó una postura cómoda y procurando reunir sus recuerdos exclamó:

—Nací en Andalucía; mis padres eran pobres y no teniendo mas amparo que un hermano de mi madre, se fueron á la córte llevándome en su compañía, con otros tres hijos de los que no he vuelto á saber.

—Iban á pedir su apoyo á mi tio, que en efecto, poco despues, colocó á mi padre en Sevilla y envió allá á toda la familia, quedándose conmigo para darme carrera por las escelentes disposiciones que presentaba.

Mi tio fraile franciscano, como ya he dicho, quiso despues que cursase las primeras letras hacerme estudiar Teología; aparenté complacerle porque no tenia bastante fuerza para oponerme á su voluntad poderosa y despótica y á su carácter enérgico y dominante.

Así pasaron algunos años, durante los cuales adquirí

varias relaciones de amigos que estaban en abierta oposicion con las ideas de mi tio, me uní á ellos y siguiendo libremente mis inclinaciones que eran el juego y los toros, le dí muchísimos disgustos, hasta que por fin despues de haberme amenazado muchas veces con abandonarme, me abandonó por fin, pero en triste ocasion, cuando sin su permiso acababa de contraer matrimonio con la hija de uno de los toreros mas célebres de aquella época.

Me ví sin recursos y perdida la esperanza de la herencia de mi tio, dedicándome á la profesion de torero, que aprendí al lado de mi suegro, y egercí con fortuna hasta el año 1834 en que mi esposa murió dejándome una hija, y poco despues tuvieron lugar los acontecimientos de Julio, el cólera y la horrible matanza de los frailes en los conventos.

Yo que profesaba á mi tio un ódio mortal desde que me abandonó por completo al verme unido con la hija de un torero, quise buscarle y me uní á las turbas que asaltaban los conventos comprometiéndome de tal manera que tuve que salir de Madrid uniéndome á una partida de facciosos, con la que he seguido y en la cual me has visto de capitán.

Esta es mi vida; bien sencilla, pero llena de peripecias y de contrariedades.

No he vuelto á saber ni de mi hija ni de mi suegro, ni de mi tio, y por consecuencia ignoro tambien el paradero de mis padres. Hoy no tengo mas afecciones que tú y estos bravos muchachos que se nos han mostrado tan leales.

—Capitán, pues, la historia de usted se parece un poco á la mia, exclamó el Lechuguino metiéndose las manos por los anchos girones de su ropa.

—¡Ea! cuéntanosla; pero no te rasgues así los vestidos que acabarás por quedarte desnudo y vamos á entrar en el invierno, dijo el Curro.

—Y que promete ser muy riguroso; exclamó Rosa sintiendo un poco de frio y acostándose entre las pieles de su cama.

—Dejadme, echaré antes un poco de leña, porque como esta pieza es tan grande y tan destartada necesita un mundo de fuego para calentarse; dijo el Lechuguino haciendo lo que decia.

—Entre tanto iré yo á ver si quieren algo los heridos; dijo el Curro levantándose y pasando á la pieza contigua que tambien se componia solo de ruinas con los techos y los muros medio hundidos y sin maderas las puertas y ventanas.

El Curro se referia á los tres bandidos que fueron heridos en la refriega y que les juraron eterna adhesion en agradecimiento á su generoso proceder.

Cuando volvió ardia en la chimenea un abundante haz de leña y gruesos troncos de encina, que comunicaron un agradable calor á la anchurosa cocina, porque la tarde empezaba á caer y entraba por las abiertas ventanas un frio penetrante y cruel.

—Esos infelices se van á helar ahí, en ese cuarto que tiene desprendido el techo, repuso el Curro.

—El Yesero que es maestro de albañil que se encargue desde mañana de componer nuestro palacio, pues indudablemente pasaremos aquí el invierno y no es cosa de estar casi á la intemperie; dijo Rosa.

—Tienes razon; desde mañana empezarán la obra unos

cuantos, y los otros seguirán en el camino; con que ea! Lechuguino, ea, hijo mio, á contarnos tu historia.

—Dejadme que prepare la cena, que los muchachos ya subirán del trabajo y traerán un hambre ¡cáspita!... pero la cena vá á ser suculenta; les tengo dispuesto unos trozos de carnero guisado, que dicen comedme!

—Si está como el caldo del obispo, no lo dudo, exclamó el Curro riéndose.

—Ya lo probará usted, mi capitán.

—Te doy el título de cocinero de S. M.

—De la reina Rosa eh?... exclamó riendo.

—Justamente; no obedecemos á otros reyes.

—Pero se ha inaugurado mal mi reinado y el estreno del palacio ha sido terrible, por poco me cuesta la vida; dijo Rosa.

—Ciertamente; y no ha sido poca fortuna sofocar tan pronto la rebelion; si ese traidor de Chivato sigue con nosotros nos seduce á toda la partida; repuso el Curro con aire de satisfaccion.

—Bien hecho está así; la *fortuna* nos protege; exclamó Rosa.

Desde que Rosa se acogió á la partida de bandoleros, despues de abandonarla Jaime y de rechazarla sus padres habia sustituido el nombre de la *fortuna* por el de *Dios* y la *Virgen del Pilar* que antes tenia siempre en los labios y en el corazon.

Aquella jóven enamorada, inocente y buena que rezaba todas las noches, sufrió en su alma la misma trasformacion que en su carácter y en sus costumbres.

Perdió la fé y no volvió á rezar; ¡no hay Dios! decia

cuando se hablaba de religion, solo la Providencia rige los destinos de este mundo; «no hay mas allá:» en muriéndonos nuestro cuerpo se hace polvo y se estingue el espíritu vital que nos dá vida.

En cuanto á la familia no aceptaba mas leyes que las de la simpatía; «si mis padres me arrojaron de su seno ¿de qué sirve, pues, la familia?... Abajo, pues la familia y viva la libertad!... esclamaba á todas horas.

El robo lo creian un derecho natural, y se apoderaban de lo ajeno contra la voluntad de su dueño; de manera que ni respetaba la religion, ni la propiedad, ni la familia.

El socialismo germinó en aquella cabeza inteligente, pervirtió aquel corazon que hubiera sido noble y grande y dió los instintos de las fieras á aquella mujer que se habia criado en los bosques, que abrigaba pasiones indomables, un carácter enérgico, y no habia recibido la educacion que normaliza las ideas y enfrena las pasiones guiando la inteligencia por su verdadero cauce.

Varias veces habia contado sus desgracias al Curro, sin citar los nombres de su amante, ni de sus padres, ni tampoco el lugar de su nacimiento.

Sus ideas estaban acordes, como lo estaban tambien las de todos aquellos desalmados que les servian de vasallos; asociados para infringir las leyes, practicaban las doctrinas socialistas cuando todavia eran en España casi desconocidas.

La mayor parte de los bandidos tenian hijos y familia que abandonaron por hacer una vida errante y aventurera, tras de unas soñadas riquezas con las que creian labrar su felicidad.

Ellos eran ladrones por codicia;

Ella lo era por instinto, por espíritu de venganza y porque la fé y el amor, luz celestial, sentimiento divino que iluminaban su alma se apagaron y en las tinieblas de su eterna noche encontró al mónstruo del mal y le siguió, ciega, desatentada y dolorida.

Rosa no era interesada; todo lo contrario, miraba las riquezas con el mayor desdén.

CAPITULO LXIII.

El sombrero del Chivato.

Quiso el Lechuguino contar su historia; pero lo impidieron los bandidos, que empezaron á entrar en la cocina, distribuyéndose por distintos lados, unos tendiéndose en sus mantas, otros sentándose en las piedras y troncos de árboles que les servian de sillas, varios acurrucándose junto al fuego y los mas adictos á Rosa rodeando la cama de esta para informarse de su salud.

—Capitana!... exclamó el Yesero con alegría, hemos hecho un gran descubrimiento.

—Cuál? dijo Rosa.

—Qué ha sido ello? se apresuró á decir el Curro con curiosidad.

—A ver si lo acertais?... dijo escondiendo un objeto á su espalda.

El Yesero que era un hombre ya viejo y habia tomado mucho cariño á Rosa y al Curro, les llamaba de tú, lo que

no se atrevían á hacer los demás compañeros que respetaban la verdadera superioridad que les separaba de ellos.

—Habeis descubierto alguna mina?..... preguntó el Curro.

—O alguna sandalia de los reyes moros que habrán habitado este castillo, dijo Rosa.

—Quiá!... lo que se habrán encontrado será el cadáver del Chivato, como si lo viera!... exclamó el Lechuguino, comiéndose un pedazo de carne que habia sacado de la olla.

—El cadáver nó, pero el sombrero, sí; aquí está, dijo mostrándole como trofeo por encima de su cabeza.

—Ya sabia yo que seria cosa del Chivato.

—Pero chico no te comas la cena, dijo uno de los bandidos dándole un empujon y haciéndole rodar por el suelo.

—Zopenco!... si es para probar; si está salada, refunfuñó el Lechuguino levantándose y disponiéndose á sacar otro pedazo, porque el primero habia caido en el fuego.

Cuando le tuvo en la cuchara el mismo bandido se le escamoteó con la mayor ligereza y volvió á darle otro puntapié exclamando:

—Trae, yo te lo diré.

Y echó á correr al fondo de la cocina, comiéndosele y riendo á carcajadas, pues el Lechuguino al caer por segunda vez se habia roto todo el pantalon y se mostraba casi como Adan en el paraiso, á la vista de los espectadores que no pudieron contener la hilaridad.

El mote de el Lechuguino, se le habian dado en la partida á este muchacho, no por vestir con elegancia sino por el efecto contrario, porque siempre iba cubierto de andrajos.

Este infeliz era el hazme reir de todos por la debilidad de su carácter, por su timidez que mas bien se acercaba á la cobardía, y por su aficion á la bebida. Con frecuencia se embriagaba si dejaban el vino á su disposicion, y entonces llevaba sendas zurras de los bandidos que hacian con él toda clase de herejías.

Pero en el fondo era un buen muchacho, muy servicial, muy listo y muy inteligente.

Tenia modales y lenguaje bastante distinguidos, en lo que se conocia que era hijo de buena familia y habia recibido una esmerada educacion.

Pobre de fisico y pobre de moral no tenia en su apoyo mas ventaja que el cariño con que Rosa le habia mirado siempre; y que no daba celos á los otros bandidos porque era un afecto puramente fraternal; era la simpatia respetuosa y tierna del fuerte al débil, del superior al inferior.

Pasados los primeros momentos de algazara que produjo la donosa ocurrencia, Rosa decretó que el sastre, nombre con que designaban al bandido, diese sus pantalones al Lechuguino y en castigo le hiciera unos nuevos de un capote de paño fino que solia usar la capitana cuando salian á campaña.

Resolucion que aplaudieron todos conviniéndose el sastre en empezar la obra desde el siguiente dia.

—Y bien, dijo Rosa al Yesero, cuando se hubo restablecido la calma, ¿dónde se ha encontrado el sombrero del Chivato?

—Estaba detenido entre unos juncales á la orilla del torrente. Tenia sed, se nos habia concluido el agua y cogí el cántaro para llenarle. La casualidad de haberse despren-

dido un peñasco del sitio donde antes la cogíamos me hizo ir mas allá; llené mi cántaro y ví una cosa negra flotando en el agua agarrada á los juncos.

Al pronto me asusté creyendo que era el mismo cadáver del Chivato que nos arrojaba el torrente y empecé á gritos. Acudieron estos chicos y pudimos alcanzar el objeto que producía mi alarma atrayéndole con una garrocha.

Era el sombrero del Chivato, lo que prueba claramente que se ha ahogado en aquel sitio donde hay una gran profundidad.

—Es estraño porque él sabia nadar; dijo el Curro.

—Y no hicisteis tentativas para encontrar el cuerpo?... preguntó Rosa.

—Verdaderamente, como hace ya tanto frio ninguno nos atrevimos á entrar en el agua; lo que por otra parte hubiera sido esponernos sin provecho, pues no habíamos de salvarle la vida y lo mismo está enterrado en el agua que en la tierra: dijo el Yesero.

—Pero hubiéramos tenido la certidumbre de su muerte, y así siempre nos queda la duda; objetó Rosa.

—Es verdad; no pensamos en eso.

—Será preciso registrar mañana aquel sitio.

—Que la cena se pasa, dijeron varios al Lechuguino cuando se presentó en la cocina con los bombachos del Sastre, que le venian muy anchos y muy largos, de manera que hacia una facha ridícula, lo cual reprodujo la hilaridad de los bandidos que estaban de buen humor.

—Que te vienen cortos!... decia uno.

—Ya lleva las alforjas para las provisiones, exclamaba otro.

Varios bailaban á su alrededor y le levantaban en alto.

El Yesero se acercó y colocó en la pequeña cabeza de el Lechuguino el sombrero de anchas alas del Chivato que se le hundió hasta los hombros, promoviéndose con este nuevo incidente el júbilo y la algazara de aquellos hombres que tuvieron infinitos y donosísimos chistes, que les hicieron pasar agradablemente la noche.

El sueño les hubo de rendir al fin, y despues de cenar se acostaron, en camas de yerba y de ramas de árboles, hechas por ellos entre las ruinas de aquel castillo, que debió, en tiempos antiguos, abrigar en sus muros, apuestos guerreros y una córte brillante y numerosa que rodearia á la hermosa castellana señora, de dilatados dominios, y dueña de la vida y hacienda de sus vasallos.

Cuando todos dormian, Rosa únicamente velaba. Su sueño era breve y ligero.

Dotada de una organizacion vigorosa y de una imaginacion brillante y fecunda, mientras sus compañeros se entregaban al descanso, ella trazaba los medios de salir adelante con su empresa, guiando por buen camino aquella pequeña sociedad de hombres que la entregaron la direccion de sus destinos, aclamándola su reina y señora, aun cuando ellos no acataban mas leyes que las naturales, ni mas soberanía que la individual.

Sin embargo, reconocian y acataban sin querérselo confesar, sin saberlo, siquiera, el dominio de la inteligencia representada en Rosa, que, con mas talento que ellos, los subyugaba, haciéndose dueña de sus voluntades y de sus corazones.

Proclamaban la igualdad y se sometían al poder absoluto! Esa igualdad, como ellos la entienden.

Fuerza de la inteligencia, cuánto vales!... Tú eres la soberana del mundo!...

Y piden la igualdad como si á todas las criaturas les fuese dado poseer un talento de primer orden!...

Solo en nacer y en morir somos iguales; por lo demás siempre habrá en la tierra esclavos y señores.

CAPITULO LXIV.

Regreso á la patria.

Dejemos á la partida capitaneada por Rosa en su montaña y en su valle, haciendo las obras necesarias para guarecerse de los horribles frios del invierno, cuya crudeza no les permitiría salir de allí, ni emprender ninguna correría, aun cuando tuvieran terminado el camino que les habia de proporcionar fácil salida de aquel sepulcro en vida, que les aislaba de los demás mortales.

Dejémosles, alegres y satisfechos, y vamos á trasladarnos á una espléndida torre en las inmediaciones de Zaragoza, lugar donde vió la primera luz la marquesa viuda del Cinca, y al cual pidió que la llevasen porque deseaba morir donde habia nacido.

Llámanse torres en Zaragoza á las preciosas casas de campo que bordan sus magníficas campiñas, dando el mas pintoresco y agradable aspecto á las riberas del Ebro y del Jalon, que son las mas ricas que se conocen, y las mas fértiles que rodean á Zaragoza.

La hermosa quinta de los marqueses del Cinca estaba situada en un terreno frondosísimo, á la orilla izquierda del rio Ebro, recortándose sus sombrías y frescas alamedas en la falda del monte llamado el Castellar.

En las inmediaciones de esta bella torre se conservaban todavía ruinas de caseríos devastados por el plomo asolador de los ejércitos franceses.

En el centro de aquella posesion se alzaba arrogante y bien construida la antigua casa, donde se disfrutaba de toda clase de comodidades y de recreos.

Constaba de dos pisos, bajo y principal, y en el segundo habia espaciosas azoteas, llenas de flores, con un alto mirador, desde donde se descubria, en toda su grandiosidad y hermosura, la Basílica del Pilar, con sus verdes y amarillas cúpulas y capiteles.

Veíanse tambien los altos campanarios y la elevada Torre-Nueva, que descuella orgullosa sobre las demás, descubriéndose en toda su estension la ribera de los antiguos muros de la ciudad Augusta.

A este apacible y pintoresco albergue de su niñez fué conducida la Marquesa viuda del Cinca, antes de que su hija Tula se dirigiera á España. Supo ésta la residencia de su madre, y los vivos deseos que tenia de abrazarla antes de morir, y se encaminó directamente á Zaragoza, despues del encuentro que tuvieron con la partida de la capitana Torrente.

Desde aquel dia, las relaciones entre los dos esposos fueron mas frias de lo que antes lo eran.

Tula, sin manifestarse resentida, hizo comprender, sin embargo, al marqués, que sentia la hubiera engañado

ocultándola la existencia y el nombre de la madre de aquel niño, que por circunstancias especiales se había visto obligada á adoptar por hijo.

Le indicó su deseo de que se auxiliase á aquella pobre mujer, que quizá por su abandono había tenido que refugiarse entre los bandidos; con los diez mil duros que la tenía prometidos, y le rogó se dirigiese á Huesca para enviárselos mientras ella con los niños se dirigía sin detenerse hácia Zaragoza para ver á su anciana madre, cuyo último suspiro estaba en la obligacion de recoger.

Muy bien pareció este plan á Jaime, que le adoptó en seguida, no con ánimo de cumplirle, sino por evitar que Tula pudiera tener noticias de la existencia de Leon, que hacia poco tiempo había estado en aquella ciudad.

Con este motivo se separaron ambos esposos, dirigiéndose Tula á marchas forzadas hácia la quinta, donde su buena madre la esperaba llena de ansiedad.

Jaime ofreció reunírsela en el camino, despues de haber enviado el dinero á Rosa, lo que no hizo, volviendo en efecto, á buscar á Tula algunas horas despues, entrando juntos en casa de su madre.

Mas adelante diremos cómo aprovechó Jaime estos momentos de libertad.

La marquesa viuda del Cinca, había sufrido un nuevo ataque de parálisis que le cogió parte de la cabeza y la lengua.

Estaba en un estado verdaderamente lastimoso cuando su hija se presentó, ofreciendo no separarse de su lado mientras conservase un átomo de vida.

La tenían en una cama de ruedas que colocaban en la

alcoba por la noche, y de día cerca del balcon, para que pudiera respirar el aire apacible de la campiña, recreando su vista con el pintoresco y encantador aspecto del campo.

No podia moverse porque estaba completamente impedida, ni hablaba, ni manejaba sus manos, que, horriblemente desfiguradas, habian adquirido nueva forma, retorciéndose lastimosamente.

De sus ojos, el derecho apenas veia; pero permanecia abierto, grande y hermoso aunque sin expresion. El izquierdo habia recibido toda la vida de aquel espíritu que pugnaba por romper la cárcel material que le retenia en el mundo de los vivos.

Tenian que adivinar todos sus deseos y llenar sus necesidades sin que la pobre paralítica tuviera accion para manifestarlas.

Dolorosa fué la impresion de Tula al encontrar á su buena y cariñosa madre en aquel lamentable estado.

Cuando sufrió el primer ataque de parálisis, que aun la quedó la facultad de hablar y de escribir, hizo su testamento y ordenó que la trasladasen á la casa de campo de Zaragoza, que habia sido de sus padres, donde queria morir.

Este testamento, con la última carta que escribió, dirigida á su hija Tula, á la que no creia ver mas, encerrado en un pliego que á su vista se selló con las armas de la casa, se conservaba en la escribanía del notario de Huesca, quien debia entregarle, despues del fallecimiento de la noble viuda á su hija la marquesa de Nieblas.

Tula se instaló en una habitacion contigua á la de su madre, consagrándose dia y noche á cuidarla con la mas tierna solicitud.

Conservó á su lado, y en su mismo dormitorio á la pequeña María Isabel, temerosa siempre de que se la roba-sen, como habian hecho con Aurelio.

Las habitaciones de Jaime estaban en el extremo opues-to del edificio y contigua la que se destinó al niño Octavio, futuro marqués de Nieblas.

En cuanto Tula respiró el aire de su patria empezó á recobrar la salud, y un tanto la animacion si no la alegría; el brumoso cielo de Francia pesaba sobre su corazon como una losa de plomo.

Allí se habia visto obligada á aceptar un esposo y un hijo que no amaba, ni podia amar; allí perdió á su propio hijo que formaba el encanto de su existencia y pasó dos años de amarga soledad.

El risueño y vivificante sol de Aragon reanimó su alma y la mirada melancólica y triste de aquella madre querida hizo palpar estremecido al impulso de mil sentimientos diversos su apasionado corazon.

La fisonomía pálida y espresiva de la pobre paralítica se animó un momento al calor de los besos de su hija re-flejándose en ella un mundo de ideas.

Cuántas cosas decian sus ojos de mirada lánguida y penetrantel..

Ah! y qué inmenso pesar sufría interiormente la infe-liz señora no pudiendo espresar lo que sentía!.. No pu-diendo contar á su hija todas sus penas, todos sus temores, todos sus descubrimientos, sus esperanzas y sus de-seos!...

Como si el sentimiento no hallara ya vida en aquel cuerpo muerto, sus ojos no derramaron una lágrima;

pero su mirada se tornó sombría y centelleante al ver á Jaime, como benévola y afectuosa al fijarse sobre su hija.

Era un cuadro interesante el que formaba la desgraciada familia.

CAPITULO LXV.

La parálitica.

El único medio de comunicarse con los demás que tenía la parálitica eran sus ojos y su fisonomía que se hizo movable y espresiva, reconcentrándose en aquel hermoso rostro toda la vida, todo el espíritu de que se hallaba animada, todas las fuerzas de su alma.

Y era tal su espresion que bastaba mirarla para comprender sus sensaciones, para adivinar sus deseos.

—Madre mia!... ¡madre querida!... la decia Tula, besando con trasporte sus desfiguradas manos, su frente blanca y serena y sus cabellos de plata. Madre de mi corazón, qué desgraciada he sido en estos dos años de penosa ausencia.

Mi aversion hácia Jaime ha crecido en igual de disminuir con el trato y con la intimidad, del lazo que nos une; pero léjos de ser así le aborrezco mas cada dia sin poderme dar cuenta de este sentimiento.

Ah! yo no he odiado á nadie, yo no quiero odiarle á él, pido á Dios ha todas horas que no me inspire estos afectos repulsivos, hostiles, casi agresivos y no lo puedo conseguir, me dominan, me anonadan, me hacen encerrarme en mi misma huyendo de mi marido como si tuviera el contagio.

El por su parte se manifiesta siempre inalterable, respetuoso y frio como un inglés, es verdad que está herido por mis repulsas, por mi desden; pero yo no le puedo amar, y hasta hay momentos en que le creo el autor de todas mis desgracias.

El semblante de la paralítica no espresaba el asombro sino mas bien la aprobacion, como si se alegrara de lo que decia su hija encontrándolo perfectamente fundado.

Tula continuó entre lágrimas y sollozos.

—Nuestra division fué mas profunda desde que me robaron á mi hijo, á mi querido Aurelio; ¡ay! madre del alma!.. qué dolores tan angustiosos han torturado mi pecho desde que perdí al hijo de mi amor!..

Los ojos de la anciana brotaban llamas; de su pecho se escapó un gemido y parecia preguntar con ansiedad la esplicacion de aquel robo.

Adivinando Tula su deseo exclamó:

—Una mañana temprano, contra mi costumbre, por que yo no abandonaba nunca á los niños, me hizo Jaime salir á dar un paseo por el campo, pretestando que mi salud necesitaba el ejercicio, sin duda los ladrones espiaban mis pasos y en cuanto salí, se lanzaron á la casa penetraron por la ventana, de mi cuarto que daba á un sitio solitario de los jardines y se llevaron al niño que dormia en su cuna.

Nuevos gemidos, mas bien gritos inarticulados se escaparon del pecho de la enferma, sus ojos desencajados se tornaban á uno y otro lado como desesperada de no poder hablar, por último se fijaron en el sombrero de Jaime que éste al salir habia dejado sobre una mesa.

Tula la miraba con asombro.

—Que tiene V. madre mia!.. no la entiendo.

Los ojos de la marquesa viuda seguian clavados en el sombrero, su mirada pertinaz, insistente, estaba irritada, furiosa.

—El sombrero!.. exclamó Tula... Ah! es que V. sospecha de Jaime?.. Dios mio!.. será posible? ¿Cree V. que él ha podido ser el autor del robo de mi hijo?..

La fisonomía de la anciana cambió por completo expresando una perfecta seguridad.

—Qué nueva luz!.. Dios mio!.. Santísima Virgen del Pilar ilumina mi alma!.. que no conciba yo unas sospechas infundadas!.. Yo no quiero!.. yo no debo ni puedo odiar á ese hombre que es mi marido!... y sin ser dueña de mis impulsos le odio con toda mi alma.

Y la pobre jóven desecha en llanto se arrodilló ante un altar de la virgen que la marquesa tenia en su cuarto.

Cuando volvió cerca del lecho de su madre la encontró mas tranquila pero su espresiva fisonomía espresaba el horror y la indignacion al fijarse en el sombrero de Jaime que Tula tuvo que retirar de allí.

—Será posible que V. tambien le aborrezca!.. murmuró mirándola con angustia como queriendo adivinar los pensamientos sombríos que surcaban por aquella frente de mármol.

Recordarán nuestros lectores que Leon visitó en Huesca á la marquesa y viuda la informó de las infamias de Jaime y del subterfugio inicuo á que apeló para casarse con Tula.

Por eso creyéndole un hombre malvado le atribuyó enseguida el robo del niño, por ódio hácia su padre y por asegurar en parte su herencia á Octavio.

La noble marquesa que en el trastorno físico de su naturaleza habia conservado en toda su fuerza y vigor las facultades intelectuales, pensó por un instante que mas tarde ó mas temprano desaparecería tambien la niña de Isabel quedando de este modo Octavio único heredero.

No podia la infeliz comunicar este pensamiento á su hija; pero la alegría que manifestó, con alternativa espresion de sentimiento, al fijar sus ojos en la inocente criatura que estaba junto al balcon en brazos de Juana lo demostraban bastante.

Tula hizo acercarse á la doncella y la parálitica repitió sus temores con elocuente mímica, elevando al cielo los ojos, y fijándolos luego en la niña, y en Tula; como recomendando á ésta la mayor vigilancia.

—Cree V. que sucederá lo mismo con María Isabel?...

La parálitica hizo con los ojos un signo afirmativo.

—Luego V. supone á Jaime un mónstruo de perversidad?... exclamó Tula consternada.

Un nuevo signo afirmativo de la anciana la informó de que así lo creía.

—Parece imposible!... él se ha portado conmigo noblemente: Jamás se opone á mis deseos; pero quizá su corazon abrigue una avaricia sórdida y por asegurar á su hijo toda

la herencia ha hecho desaparecer al mio de nuestra casa.

¡Ay! mi corazon se resiste á creer tanta maldad!... Yo no creo que sea por ódio ni hácia mí, ni hácia Leon; de éste habla siempre con admiracion y con entusiasmo; y á mí me ama, ¡cuántas veces ha intentado abrirse paso hasta mi corazon!... ¡Cuántas me ha mostrado su adhesion sin límites!...

Y yo que le he herido con mis repulsas!... que le he rechazado constantemente!... Quizá por vengarse de mis desdenes me ha robado mi hijo!... Ah! es preciso cambiar de táctica, fingiré que le amo y sabré si mis sospechas son ciertas, es buena idea, no es verdad, madre mia?...

Los ojos de la marquesa no se movieron, permanecieron fijos en su hija con dolorosa expresion.

—Cree V. que será ineficaz este medio?... preguntó Tula.

Los ojos de la marquesa se cerraron: era que no lo creia conveniente.

—Sin embargo yo debo intentar algo y lo intentaré, para aclarar mis sospechas.

La posicion de Tula desde aquel dia se hizo mas violenta cerca de su marido; la preocuparon mucho las sospechas de su madre, y se propuso ir á Huesca á ver á su hermana para conferenciar con ella sobre tan importante asunto; pero tenia miedo de dejar sola á la niña; á cada momento creia que se la arrebatában de los brazos, y acostumbándose á mirar con desconfianza á Jaime, empezó á sufrir una série de nuevos tormentos, y de

terribles angustias que hacian su existencia insop-
table.

No se decidió, ni á dejar á su madre, ni á la niña; y en esta incertidumbre escribió á su hermana una larga carta manifestándola todos sus temores y zozobras y esperó con ansia la contestacion.

CAPITULO LXVI.

Temores y esperanzas.

Jaime era un hombre de terribles pasiones y de completa perversión moral.

Muchos eran los motivos que tenía para odiar á Leon, su implacable, su eterno enemigo, el que le había robado el corazón de Tula, aquella mujer á quien amaba con toda su alma y que hubiera podido hacerle bueno, apartándole del camino de las pasiones bastardas que había emprendido, lleno de rabia su espíritu y de ódio su corazón.

Hubiera bastado la opinión política para que fuesen enemigos aquellos dos hombres. Jaime representaba la negación de la luz; partidario acérrimo del absolutismo, dejó por perdida la causa de D. Carlos acogiéndose al convenio y reconoció á Isabel II ingresando en las filas del entonces naciente partido moderado para combatir con todas sus fuerzas las tendencias liberales creando una situación reaccionaria, que hiciese inútil toda la sangre vertida por la libertad.

Leon por el contrario, entusiasta adalid del progreso, y defensor acérrimo de la constitucion, siguió en el partido avanzado, que un año mas tarde habia de tomar las riendas del Estado, dando la regencia al general Espartero y desterrándose María Cristina que voluntariamente se colocó á la cabeza del partido moderado, poniendo la primera piedra del edificio revolucionario que habia de arrojar del trono á su hija Doña Isabel.

Coincidió la llegada á la quinta de Tula y de su marido, con la salida de Zaragoza del general Espartero, que habia entrado en dicha ciudad el 4 de octubre (1839), siendo recibido el pacificador de España con las mayores demostraciones de entusiasmo.

Todavía el temible Cabrera se hallaba refugiado en el Maestrazgo con los últimos restos del carlismo que no quisieron acogerse al convenio y ciegos en su desesperacion se defendian con valor sin igual sosteniendo el pendon del absolutismo que habia de ser arrancado de sus manos por el Gran caudillo representante de la luz y del progreso.

Su entrada en Zaragoza fué verdaderamente triunfal, el carácter aragonés, franco, espontáneo, generoso y altamente liberal se demostró una vez mas en el recibimiento que hizo al ilustre general á quien miraban como su ídolo mas querido.

El 5 del mismo mes publicó una proclama dirigida á los aragoneses que militaban á las órdenes de Cabrera, y pocos dias despues á la cabeza de su numeroso ejército salió para Teruel.

Jaime receloso y no sabiendo el paradero de Leon, cuyas huellas habia perdido Toribio despues del convenio de

Vergara, se trasladó á Zaragoza por aquellos dias y procuró informarse, pero solo supo por uno de los oficiales del ejército que el coronel Rubiales, tenia licencia para viajar por el extranjero; pero suponian conociendo su caballerosi- dad y bravura que se incorporaria al ejército en cuanto el general en jefe emprendiese sus operaciones para desalojar á Cabrera de las plazas fuertes que aun conservaban en Aragon y Cataluña.

Tula aprovechó esta breve ausencia para escribir á su hermana y no queriendo fiarse del correo envió la carta con un mensajero y aguardó llena de ansiedad la res- puesta.

Contestó efectivamente la abadesa una larga carta ca- riñosa en extremo, llena de uncion y de cristiana resigna- cion; pero que no resolvió sus dudas acerca de Jaime, ni le daba luz ninguna que pudiera iluminar su tenebrosa si- tuacion.

O Isabel no tenia motivos como la anciana marquesa para desconfiar de Jaime, ó si los tenia se los reservaba no queriendo aumentar en el matrimonio de su hermana los móviles de disidencia, que le hacian tan desgraciada.

En el carácter conciliador y benévolo de la religiosa era muy natural esta conducta; pero habia además una causa poderosa para su silencio que vamos á confiar á nues- tros lectores.

Cuando Jaime dejó á Tula marchar sola á Zaragoza y él se encaminó hácia Huesca con el pretesto de enviar á Rosa los diez mil duros que la prometieron, su primer cuidado fué informarse de Toribio que acababa de llegar de Moralejo, sobre la estancia de Leon en el pais.

Aun cuando el coronel se presentó de incógnito, por la madre de Tomás se supo que habia dormido una noche en Moralejo, precisamente en casa de D. Lesmes, trasladándose al siguiente dia á Huesca y visitando en esta ciudad á la marquesa viuda del Cinca.

Nada mas pudieron decirle; pero era bastante para su mortal inquietud.

No podria ya por mucho tiempo ocultar aquel secreto á su mujer, que llegaria á descubrirlo de un momento á otro.

Se encerró, pues, en un aposento con Toribio, y tuvieron una larga conferencia, en la cual acordaron que seria conveniente hacer que saliera de Moralejo el niño Aurelio, que ya se habia encontrado con su padre, siendo acaso aquel encuentro preparado de antemano y no casual.

Toribio le aseguró que no era posible el descubrimiento del niño que habia hecho pasar por hijo suyo, pero Jaime veia montañas en las sombras mas pequeñas, y terminantemente le dió la orden de que hiciese desaparecer á la inocente criatura, llevándosele á Madrid donde le seria mas fácil ocultarle.

En la posicion que se habia conquistado iba ya á ser indispensable la muerte del coronel.

Cuando hubiera ocultado al niño, Toribio tenia orden de irse á incorporar al ejército como voluntario esperando el regreso del coronel Rubiales para espiar todos sus pasos, y darle inmediata cuenta.

Era el único medio de tener tranquilidad y de asegurar su posicion, pues, aunque legalmente no podia Leon disputársela, temia á Tula, cuyo carácter firme le inspiraba

respeto, y que siempre esperaba alcanzar su cariño por la persuasión y la dulzura.

Resueltas con Toribio estas importantísimas cuestiones se trasladó al convento donde Isabel estaba de abadesa.

En el momento que la vió, y en el modo frío y casi ceremonioso, ó mas bien repulsivo con que le recibió, adivinó Jaime que estaba enterada de la existencia del coronel, suponiendo con sobrada razón que la habria visitado tambien al propio tiempo que lo hizo á la marquesa.

En este estado se resolvió á abordar de frente la cuestión.

Empezó por decirle que teniendo pocas esperanzas de encontrar con vida á su madre, Tula no habia querido detenerse ni un momento y le enviaba á él á saludar á su hermana y darla noticias de la salud y de las gracias infantiles de la pequeña María Isabel.

Entonces la religiosa se informó tambien del niño y de Tula y por cortesía, de Octavio, escuchando con la mas dolorosa sorpresa el relato que le hizo el marqués sobre la desaparición de Aurelio.

Lo mismo que la marquesa viuda sospechó al punto quien era el autor de aquella nueva felonía y exclamó pálida y convulsa, creyendo ya en aquel hombre toda clase de crímenes.

—Y estará segura mi niña en casa de usted?...

Usted misma vá á responder de su hija; la contestó resuelto á jugar el todo por el todo y mirándola de frente con la mayor sangre fría.

—Yó?... que quiere usted decir con eso?... preguntó asombrada la religiosa.

—Ante todo es necesario que hablemos con franqueza, usted ha visto á Leon, le ha escuchado, y á consecuencia de esta entrevista ha formado de mí muy mala opinion, ¿no es esto?...

—Y suponiendo que fuese así, qué tiene usted que decir en su descargo?... exclamó Isabel.

—Una cosa muy sencilla que me disculpará á los ojos de usted que ha sido una mujer de corazon, abrigando un amor indomable; que amo á Tula y por conseguir su amor hice, hago y haré todo cuanto sea preciso, sin detenerme ni ante el mayor precipio.

La religiosa se cubrió el rostro horrorizada; de sus ojos brotaban amargas lágrimas, que no fué dueña de contener.

Jaime aparecia á sus ojos como un mónstruo; al presentarse á ella desnudo de todo finjimiento le miró con horror y deploró tristemente la suerte de su desgraciada hermana.

—Siento mucho, señora, molestar á usted, pero debo decirle en dos palabras mis temores, mis esperanzas y mi resolucion.

La religiosa dió de nuevo rienda suelta á su dolor.

CAPITULO LXVII.

Continúa el anterior.

Pasados algunos instantes, durante los cuales solo se oyeron en el locutorio los comprimidos sollozos de la religiosa, Jaime viéndola mas tranquila dijo con pausado y grave acento:

—Mi crimen es disculpable porque tiene su origen en el corazon, ¿y quién es capaz de contener los impulsos de un alma enamorada?

—Por eso mismo debe usted comprender mejor la horrible desgracia en que ha sumido al coronel enamorado tambien y correspondido: objetó la abadesa enjugando sus lágrimas.

Un relámpago de ira brilló en los ojos de Jaime, comprendió que tenia que habérselas con una enemiga encarnizada que no le perdonaría jamás y se dispuso á disputar el terreno palmo á palmo, no para conquistar su amistad, lo que era imposible, sino para hacerla su aliada.

—Es verdad; pero no me hallo ya en el caso de ceder; contestó Jaime conteniendo su furor.

—Leon es el marido legítimo de mi hermana, ambos son desgraciados, pues aunque ella le cree muerto no podrá olvidarle jamás; y V. ¿qué gana con ese doble desventura? triple, porque ese pobre Aurelio ¿qué será de él?...

Jaime contestó con una sonrisa irónica:

—Usted no conoce señora el corazón humano cuando se espresa así, ó mas bien juzga el ageno por el propio, y no es fácil encontrar en el mundo corazones que quieran sacrificarse por dar á otros la dicha; además Leon ha sido siempre mi enemigo mas encarnizado, lo es implacable en política, y á ese terreno apelaré para desembarazarme de él.

—Nada tendrá de particular que V. intente asesinarle nuevamente, ya que no le dejó bien muerto la primera vez, dijo Isabel; pero eso es horroroso; yo no puedo callar, yo necesito que se aclare esta situación porque mi silencio seria un crimen.

—Y bien, hable V. cuando guste; pero su declaración será muy perjudicial para las mismas personas á quienes quiere favorecer.

—Acaso Leon no podrá defenderse?...

—Sí señora; pero la ley está de mi parte; él no tiene pruebas ningunas de su matrimonio y yo puedo echarle á un presidio por impostor, por ser el amante de mi mujer, y á ella por adúltera y estando los dos bajo el imperio de la ley veríamos entonces de que les serviría la piadosa declaración de V.

—Dios mio!... Dios mio!... murmuró aterrada la religiosa; ¿y qué seria entonces de mi hija?...

—Recaeria sobre ella la mancha de la que aparece en el mundo como su madre.

Jaime observaba á la pobre mujer que se estremecía profundamente.

—Calcule V. las consecuencias de un proceso infamante de este género, que llamaria la atencion de toda España; la dijo con intencion.

—Oh! que afrenta para mi familia!... jamás, jamás!... V. no hará eso Jaime; V. no hará mas desgraciada á mi pobre hermana.

—Yo la amo; la amo con todo mi corazon y crea V. que mi único deseo es verla dichosa; pero no tengo virtudes bastantes para sacrificarle mi bienestar, para deponer mis ódios, para perdonar á Leon. Uno de los dos tiene que sucumbir en la demanda, y el derecho y la fuerza están de mi parte.

—Y que piensa V. hacer?... que es lo que V. desea de mí?... murmuró la religiosa con acento sombrío.

—Que sea V. mi aliada.

—Y para qué?... acaso quiere V. unirme á sus maldades?... Ah! le estoy escuchando llena de indignacion y no sé como me contengo.

Del abatimiento desconsolador la religiosa habia pasado á una exaltacion sin límites; el lenguaje de aquel hombre, sus planes y sus esperanzas de felicidad le indignaban.

—Solo deseo su silencio; V. no se ha de comprometer, con dejar que Tula ignore la existencia del Coronel.

—No pide V. mas que eso?

—Pido tambien que Leon no sepa la residencia de Tula.

—Por mí no puede saberla, yo no le veo ni estoy en

correspondencia con él; pero le será fácil averiguarlo por otro lado; la busca hace días con afán y no podré impedir que se encuentren y que se descubran las infamias de V.

—Corre de mi cuenta lo demás estando seguro del silencio de V., dijo Jaime.

—Y en cambio de este silencio no puedo saber para mi tranquilidad cuáles son los proyectos de V. con respecto al Coronel?...

—No debe asustarse su timorata conciencia, Leon no será asesinado si se conforma con marcharse á América, y aun en este caso le daré su hijo; pero ha de renunciar á Tulla para siempre.

—Y ella?... preguntó la abadesa.

—Ella puede ser feliz si conseguimos que ignore la milagrosa resurrección de su amante.

—De su marido, caballero, de su marido; dijo Isabel.

—Sea como V. quiera; pero hoy no tiene mas marido que yo.

—Y si Leon no se conforma con ese plan?...

—En ese caso empezará entre nosotros una guerra á muerte, sin cuartel.

—Prométame usted una cosa antes de darle mi formal palabra de callar.

—Veamos: justo es que imponga condiciones, y si son razonables las aceptaré.

—Primeramente que usted respete á mi hija, que la ampare y proteja siempre, sea el que quiera el resultado de su contienda.

—Prometido; cuente usted con mi promesa.

—Segundo, que me permita V. ser la mediadora entre

usted y Leon, para que vengan á un acuerdo, si es posible, antes de romper las hostilidades.

—Tambien lo concedo: eso puede ser para mí beneficioso, porque usted le verá quizá antes que yo, y puede hacerle proposiciones para un arreglo amistoso, que tendrá por premio su hijo, si así lo desea, entregándole los bienes que le hubieran correspondido como hijo de la casa.

—Le haré presentes esas condiciones.

—Diciéndole, además, para su inteligencia, que si dá un solo paso para acercarse á Tula, haré asesinar á su hijo; esto lo primero, despues, los acusaré ante un tribunal como adúlteros; que poseo cartas que Tula le ha dirigido en otras ocasiones, que puedo variarles la fecha y muchas no la tienen; porque son citas amorosas sencillamente, y serán pruebas contra ellos en el tribunal.

—Están perdidos!... perdidos!.. infelices!... murmuró la abadesa.

—Están perdidos si dan un solo paso para verse y para ponerse de acuerdo; si usted puede escribirle, hágasele presente á él y á ella, si por otro conducto que usted llegara á saber que existe.

—Así lo haré: dolorosa es para mí semejante empresa; pero confio llevarla á cabo lo mejor posible, con la ayuda de Dios.

—Tambien yo tengo plena confianza en usted, y espero me favorezca.

—Cuenta con mi débil cooperacion: haga feliz á mi hermana, proteja á mi pobre niña, y procure usted, caballero, deponer sus ódios; en el terreno de la paz se recogen mas ópimos frutos para el alma. Ah! crea usted que no

hay nada mejor que la tranquilidad de la conciencia.

Isabel se despidió del marqués, sin odiarle, porque su noble corazón era incapaz de abrigar este sentimiento, y sumamente llorosa y afectada, se fué á rogar á Dios por el mas conveniente arreglo de aquel funestísimo asunto.



CAPITULO LXVIII.

La garganta de los Lobos.

Terminó el año 1839, y los primeros meses del 40, sin que ocurriese nada de notable que comunicar á nuestros lectores.

Aquel invierno fué uno de los mas crudos que se han conocido, las lluvias, las nieves y los horribles fríos, hicieron que la *Garganta de los Lobos*, como se llamaba el abis donde empezaba la montaña que servia de refugio á los bandidos, se llenase de agua, destrozándose el puente y los trabajos que tenian hechos para construir una escalera al borde de las empinadas rocas del precipicio.

Por consecuencia, quedaron por espacio de muchos meses incomunicados y sin esperanzas de poder salir de allí hasta que el tiempo mejorase.

Llegó la primavera y con ella la alegría y la dicha.

Nuestros bandidos, que habian apurado su paciencia, sonrieron al fin.



El semblante de Rosa, siempre ceñudo y sombrío, se tornó mas plácido y sereno con el primer rayo del sol de primavera que apareció en aquel cielo plomizo y nebuloso durante tantos meses.

Todas las provisiones se les habian agotado; pero tenían leña, agua y caza en abundancia, y con esto les bastó para alimentarse y para combatir los frios horrorosos de aquellas montañas.

Un hurra de entusiasmo resonó en todas las bocas, y era de ver á los bandidos, criminales, endurecidos y almas corrompidas casi todos adorar á Dios en aquel magnífico rayo de sol, que les anunciaba el buen tiempo.

Rosa que se habia olvidado de rezar desde que dejó su casita de Moralejo, y ya no tenía fé ni en Dios, ni en la Virgen, no pudo menos de sentir una conmocion estraña, y se acordó de dar gracias á Dios.

Como el náufrago que perdido en alta mar no tiene esperanza de salvarse y de repente oye gritar á los marineros ¡tierra! ¡tierra! así Rosa y los bandidos exclamaron con íntimo alborozo ¡sol! ¡sol!... ¡bendito seas!...

Desde aquel dia comieron con mas apetito sus pedazos de corzo y de jabalí asados, y cuando las aguas del torrente fueron bajando, y pudieron reconstruir el puente, empezaron al otro lado los interrumpidos trabajos del camino que habia de proporcionarles la salida del precipicio.

Poco tiempo tardaron en hacer aquella escalera salvadora, construida de un modo asombroso con maderas colocadas entre los picos salientes del peñasco que formaba el muro del precipicio.

Entre los bandidos habia albañiles y carpinteros, tenían

yeso, cal y madera en abundancia, con cuyos elementos, unidos á una firmeza inquebrantable en los constructores, la obra estuvo concluida en poco tiempo.

Estaban á fines de abril, y resolvieron abandonar la montaña y el valle el 1.º de mayo.

La víspera de este dia tan deseado se reunieron por la tarde en lo alto de la montaña todos los bandidos presididos por Rosa y por el Curro, y empezaron á contar sus tesoros para saber á cuánto les tocaba á cada uno.

El Lechuguino, el Yesero y algunos mas, llevaron á la plataforma del castillo los sacos que contenian el dinero y las alhajas acumuladas en dos años que acompañados de Rosa ejercieron su profesion.

Se contó el dinero lo primero, resultando unos cincuenta mil duros, que divididos entre los veintiseis que eran, venian á tocarles á poco menos de dos mil duros.

Rosa que tenia arranques verdaderamente generosos, renunció espontáneamente su parte, á fin de que sus compañeros tuvieran cada uno dos mil duros cabales.

Esto acabó de grangearla el cariño inmenso que los bandidos la tenian.

No pudieron hacer la division de las alhajas porque ignoraban su valor, las contaron y resolvieron dejarlas juntas y que Rosa y el Curro las llevaran á Bayona donde pensaban desde luego dirigirse para enagenarlas.

Séparado el dinero en cartuchos de á dos mil duros cada uno y junto con las alhajas lo colocaron en el rincon de la chimenea, donde habia estado tantos meses, para recogerlo al amanecer del dia siguiente que pensaban emprender su viaje.

No tenían mas luz para alumbrarse que el fuego del hogar, por lo cual cenaban al anochecer y se acostaban temprano.

Hiciéronlo así, alegres y satisfechos, mecidos por las mas risueñas ilusiones.

Unicamente Rosa estaba intranquila; aquella organizacion no era todo materia, la inteligencia se sobreponia á la parte grosera de su naturaleza y mientras todos dormian ella se entregaba á estrañas cavilaciones.

Serian las dos de la madrugada cuando ya estaba sentada en su cama sin poder conciliar el sueño.

La luna penetraba por una ventana que habia quedado abierta, se levantó á cerrarla y vió toda la montaña iluminada y el cielo radiante con sus innumerables estrellas que parecian diamantes despidiendo vivísimos rayos de luz.

—¡ Oh! qué magnífica noche!..... exclamó; hace mucho tiempo que no he visto otra tan bella.

Y en igual de volverse á la cama se subió á la plataforma del castillo, ávida de contemplar las magnificencias de la naturaleza en una noche de primavera.

Acostumbrada al traje de hombre, rara vez se ponía el de mujer, se encontraba mas libre con los bombachos y el chaqueton para subir y bajar la montaña y entregarse á la caza en aquellos espesos jarales.

Vestida, pues, de hombre, salió de la cocina dejando á los bandidos que dormian á pierna suelta y fué á sentarse en la plataforma al borde del peñasco, que por aquel lado servia de muro al precipicio.

Recordarán nuestros lectores que previsora Rosa en alto grado habia estado una noche recomponiendo la escala que

les sirvió para bajar al precipicio con objeto de ponerla en la parte del castillo, y no verse en la precision de costear toda la falda de la montaña hasta bajar al valle en lo cual empleaban lo menos tres horas.

Esta escala estaba colocada en su sitio, al pié de las derruidas almenas del castillo, pero recogida en lo alto, porque muy pocas veces habian hecho uso de ella.

Rosa fué á sentarse precisamente en aquel sitio desde donde se dominaba todo el precipicio y en el fondo el torrente que se deslizaba entre dos estrechos valles.

En frente estaba el muro de granito, y en lo alto los árboles gigantescos del montecillo por donde cruzaba el camino.

Rosa que al principio estuvo pensativa se fijó al fin en aquel muro, por donde ellos habian bajado meses antes y vió sombras á lo largo de él que bajaban.

Una escala habia suspendida en un árbol, que llegaba hasta el fondo del precipicio.

Miró abajo y vió muchos bultos que se movian, y vió relucir armas.

Eran soldados que estaban ya en el valle y se dirigian hácia el puente de madera, mientras otros continuaban bajando.

Rosa instintivamente se agachó, y arrastrándose por el suelo, fué hácia el castillo y dió la voz de alerta á los ladrones.

—¡Muchachos!... estamos vendidos!... exclamó, poniéndose el cinto y colocando en él sus pistolas; el valle está lleno de soldados y dentro de poco los tenemos encima! el que quiera salvarse que me siga.

CAPITULO LXIX.

Continúa el anterior.

Los bandidos se levantaron asustados y sin dar crédito á las palabras de Rosa, por que les parecia imposible ser descubiertos en aquella guarida, salieron á la plataforma, pero Rosa que estaba en tierra les gritó:

—Al suelo!.. al suelo!.. qué no os vean.

Los bandidos obedecieron; el Curro se dirigió hácia ella, que tenia ya la escala en la mano para dejarla caer en el momento en que viera desaparecer el último soldado en el puentecillo.

—Mientras ellos suben, bajamos por aquí; dijo Rosa; han de tardar lo menos tres horas; á no ser que se hayan adelantado algunos.

—Y por qué no nos defendemos?.. gritaron varios, que no querian abandonar las riquezas, que tenian acumuladas.

—¡Imposible!.. he contado mas de cien hombres, por mi parte bajaré la primera; por este lado del castillo, hay

sombra y no nos ven, cuando estamos abajo ya han pasado ellos el puente y si no dejan centinelas podremos cruzarle nosotros, exclamó Rosa, dejando caer la escala.

—Si hay centinelas los matamos, dijo el Curro, llevad puñales, muchachos y seguidnos.

—Yo no dejo el dinero, y las alhajas!.. dijo uno.

—Volvamos por ellas; exclamaron varios.

—Bien, bajadlas si podeis; pero lo primero son nuestras vidas; repuso Rosa, poniendo el pié en la escala y empezando á descender con la mayor agilidad.

Mientras esta discusion, el Lechuguino habia ido á la cocina, desató el talego del dinero y se llenó el cinto de cartuchos de á dos mil duros.

—Estas son las mejores armas!.. murmuró.

Y ligero como un gamo se deslizo detrás del Curro que habia seguido á Rosa.

El Yesero y seis mas, les siguieron, mientras que los otros llenos de codicia se repartian el dinero y las alhajas no figurándose que estarian tan cerca los soldados, por que se necesitaban lo menos tres horas para costear la falda de aquella altísima montaña.

En su fiebre de dinero se olvidaban del peligro que corrian y se disputaban las alhajas y los paquetes de monedas con verdadero encarnizamiento.

Estando en estas disputas les sorprendió una voz chillona muy conocida de ellos que gritó:

—Rendíos!.. ó sois muertos.

—El Chivato!.. exclamaron los bandidos.

Y vieron á la luz de la luna la plataforma y la cocina llena de soldados que les apuntaban dispuestos á hacer

fuego al menor movimiento de resistencia que advirtiesen.

—Somos perdidos!.. ¿es el Chivato!.. que viene del otro mundo á prendernos; murmuró el último de los bandidos que estaba escondido detrás de la almena, esperando ocasion para deslizarsé por la escala.

Poco despues se reunió con Rosa y los seis compañeros mas que corrian por el valle á ganar el puentecillo, libre ya de los soldados que habian subido todos á la montaña.

—A qué no saben Vds. quien manda esa tropa?... dijo cuando estuvo cerca.

—Algun amigo tuyo?.. le preguntó Rosa.

—Nó, señora; un enemigo, el Chivato!..

—El Chivato!.. ánimas del purgatorio!.. y de dónde ha salido?.. exclamó Rosa.

—Yo no lo sé; la verdad es que va mandando una bizarra tropa; á los compañeros que han quedado allí les vá á ir mal, si no se rinden.

—Se rendirán; ellos á quien buscan es á mí; pero chasco se llevan. Y cuántos somos? dijo Rosa volviéndose hácia los muchachos, al pié ya del puente de tablas.

—Ocho; dijo el Curro contándolos.

—No vendrán mas?..

—Nó; por que yo he sido el último, detrás de mí no habia ninguno y ya he visto la plataforma llena de soldados y he oido la voz del Chivato gritando que se rindieran.

—Pues á destruir el puente; pronto; pronto; así aseguramos la retirada!.. dijo Rosa empezando la primera á arrancar las tablas, arrojándolas al torrente á medida que iban cruzando al otro lado.

Concluida la operacion se dirigieron hácia el camino que con tanto trabajo como inteligencia habian construido estrenándole para salvarse. No quisieron hacer uso de la escala que habian dejado puesta los soldados, por si arriba habia quedado tropa, no creyendo ser descubiertos por que su escalera sobre ser mas segura iba á concluir doscientos pasos mas allá de donde estaba la escala.

La luna plácida y serena iluminaba con su pálida, pero clarísima luz esta escena de confusion, y de terrible ansiedad.

A cada momento los bandidos que huian temian ser descubiertos; las ráfagas de viento que movian los juncos del rio; el ruido del torrente al chocar contra los peñascos, sus mismas sombras que reflejaba la luna, les parecian soldados que iban á prenderlos.

Rosa delante llevaba una pistola amartillada en la mano, dispuesta á vender cara su vida; sus compañeros igualmente armados y temblando de miedo la seguian en silencio.

Llegaron por fin al pié de la escalera y con íntima satisfaccion pusieron el pié en el primer peldaño, no sin dirigir una mirada al castillo que los habia albergado durante el invierno y que estaban muy léjos de pensar que le abandonarían de aquella suerte en fuga precipitada.

Una hora despues estaban en salvo, y para mayor fortuna, cogieron caballos de los que habian dejado los soldados atados á los árboles del bosque, y desaparecieron por distintos sitios, dándose cita para reunirse en Moralejo en la casa de Rosa contigua á la de la tia Gervasia, donde de-

bían ir de noche y por la puerta del campo para no ser sorprendidos.

El Lechuguino no quiso separarse de Rosa.

—Volverá V. á ser la viuda y yo su hijo!.. exclamó el pobre muchacho.

—¡Ea! pues, venté; casi tienes razon; le dijo ésta.

Y se encaminaron á Moralejo.

En tanto que ellos se salvaban tan milagrosamente los bandidos que quedaron en las ruinas del castillo tuvieron que rendirse, cayendo todas aquellas riquezas en poder de la tropa.

Los ataron codo con codo y fueron sacándolos á la plataforma.

Chivato los examinó uno por uno y llamándolos por sus nombres les hacia varias preguntas. Buscaba con insistencia á Rosa y al Curro, y preguntó al fin por ellos.

Los bandidos se callaron.

—No me decís dónde están?.. dijo exasperado.

—Dínos tú antes cómo escapastes aquella noche de la refriega; exclamó uno de los bandidos que queria entreternerle para dar tiempo á Rosa de alejarse.

—Muy fácilmente, peleando con uno de vosotros al que clavé mi puñal en el vientre y que debió morir, por que le dejé allí tendido.

Él me habia seguido con tenacidad queriendo sujetarme cuando yo me lancé por la montaña abajo, y en el fondo ya del valle me alcanzó; pero le herí, cayéndome al torrente; él murió y yo que sé nadar quise con mil esfuerzos ganar la orilla opuesta, y la iba consiguiendo ya cuando de repente tropiezo con una piedra, y á los esfuerzos que

hice para sostenerme se hunde esta y yo trás ella, sigo nadando y fui á parar á una especie de bóveda, donde pude recobrarne porque el agua que corre fuera impetuosa hácia las montañas, estaba en aquella bóveda mansa y tranquila y apenas me llegaba á la cintura.

Así que me encontré en terreno firme, palpé en la oscuridad, y ví que á los lados y sobre mi cabeza, habia paredes y al frente el vacío; me figuré desde luego la verdad que seria algun subterráneo de los muchos que nos dejaron los árabes y seguí adelante.

El agua iba disminuyendo poco á poco hasta que pisé en terreno seco; seguí andando, y estuve mas de dos horas en aquel sepulcro; por fin ví un rayo de luz delante de mí y poco despues fui á salir á un bosque impenetrable, donde estuve tres dias sin encontrar la salida, estenuado de cansancio y de hambre, alimentándome con raices y creyendo llegada mi última hora.

El Chivato se interrumpió:

—Continúa le dijeron los bandidos.

—Decídme antes donde está Rosa y el Curro?... estoy impaciente, dijo.

—Murieron aquella noche en la refriega; le contestó uno de sus antiguos compañeros.

—Murieron!.. ah!.. y yo que por ódio á ellos os delaté y he venido guiando á la tropa para descubrir vuestra guarida!..

Mientras esta conversacion uno de los bandidos se habia desatado y saltando de repente sobre el Chivato exclamó dándole un violento empujon:

—Pues esta vez no te salvarás.

Estaban al borde del precipicio, y el Chivato que no esperaba semejante acometida cayó de espalda, rebotando contra los peñascos y yendo á caer completamente deshecho al fondo del torrente.

CAPITULO LXX.

Historia de Lechuguino.

Al anochecer de un hermoso día en los primeros del mes de mayo, salían de Huesca dos hombres, vestidos como los labradores del país y dejando á un lado la carretera se dirigieron por un camino de travesía hácia Moralejo.

Era esa hora melancólica del crepúsculo en que escondiéndose el sol en el océano, alumbran la tierra los resplandores indecisos y trémulos de sus últimos rayos, apareciendo en el cielo algunas estrellas de misteriosa rutilante luz.

El mas alto de los dos hombres tenía una estatura muy gallarda, el otro era pequeño y delgado. Ambos llevaran mantas encarnadas, con las que se embozaban tapándose casi el rostro como si tuvieran frío.

El mas alto de los dos procuraba con mas cuidado ocultar su rostro, temiendo quizá ser conocido.

Los labradores y los ganados volvían del campo, cuando ellos salían.

Internáronse en silencio por el camino, caminando á buen paso, y cuando ya nadie pudo observarlos por que era completamente de noche, el mas alto separó la capa de su rostro y exclamó volviendo la cabeza á mirar la Ermita de San Jorge que habian dejado atrás:

—Va á hacer tres años, que se dió la terrible batalla junto á esa Ermita: Ah! qué horrible matanza!... Estaban estos campos sembrados de cadáveres!..

—La presenció V?... preguntó el mas jóven.

—Llegué aquella misma noche; habia cesado el fuego; pero tuve ocasion de ver los desastres y de recoger un moribundo al que salvé la vida.

Nuestros lectores habrán reconocido en estos dos hombres á Rosa y al Lechuguino.

—Siempre llega usted á tiempo de hacer beneficios; parece que la Providencia la inspira.

—Algunos tengo hechos, hijo mio; pero en cambio solo he recibido ingratitudes: dijo Rosa suspirando.

—No lo dirá usted por nosotros; precisamente la partida la adora.

—Ya lo sé: y os lo agradezco; murmuró Rosa quedándose pensativa á medida que avanzaban en su camino.

—Qué habrá sido de aquellos pobres!... los cazaron como en una ratonera!... dijo el Lechuguino. La ambicion los perdió; y si hubieran hecho lo que yo, llenarse el cinto de paquetes y echar á correr, no los atrapan.

—Creian á la tropa demasiado léjos; pero, ¿por dónde se salvaria el Chivato?... ¡aquel traidor!...

—Si le hubiéramos muerto á la primera que nos hizo!

repuso el Lechuguino, palideciendo todavía de rábía, al acordarse del infame delator.

-- Tenia celos, y los celos son malos consejeros.

Rosa volvió á sumergirse en profundas cavilaciones: su compañero quiso varias veces distraerla, pero respondia por monosílabos, y con frecuencia no contestaba.

El jóven concluyó por dejarla, poniéndose á su vez á pensar en su familia, su mujer y sus hijos.

El Lechuguino tenia dos hijos, á pesar de que parecia un chiquillo, sin pelo de barba; pero habia cumplido ya veinticuatro años.

Debemos á nuestros lectores la historia de este mozo, y se la vamos á contar, mientras que ellos, pasito á paso, y sombríos y cavilosos, llegaban á Moralejo.

En un pueblo de Castilla, cuyo nombre no hace al caso, habia nacido el Lechuguino.

Era hijo de una antigua y noble familia de las mas ricas del país, y fué criado con el mayor esmero, enviándole sus padres á estudiar á Madrid, cuando cumplió siete años.

Los vecinos de este pueblo estaban muy divididos y se querian mal, teniendo á menudo rencillas y disputas entre si, que les obligaban á estarse en su casa sin tratarse los unos con los otros.

El objeto de estas querellas era el orgullo de los nobles que desdeñaban á los plebeyos, porque se habian enriquecido con su trabajo, ó por el comercio de granos, ó de ganados, que eran las principales industrias del pueblo.

Entre estos últimos, habia un sastre que llamaban el tio Golondrino, hombre muy vividor, que trabajando no-

che y dia, en su oficio, en la labranza y en el comercio de una tiendecita de comestibles, habia conseguido hacer una fortunita de seis ó siete mil duros, en poco mas de quince años.

Su mujer, era ambiciosa y le ayudaba á trabajar; pero tenia el vicio del juego, al que se entregaba con esceso.

A todas horas se la veia rodeada de amigos, jugando á los naipes, mientras su marido y su hija cosian los pantalones y las chaquetas para los parroquianos.

Aquella casa era la tertulia donde iban todos los hombres del lugar y muy pocas mujeres. Sobre todo, las señoras hidalgas, no pisaban nunca sus umbrales.

Este matrimonio tenia una hija, Juana; muchacha bastante bonita; pero educada en aquella escuela y con un orgullo insoportable. La ignorancia y la vanidad eran la base de su carácter.

Cuando llegaron á tener asegurada su fortuna, hizo que su padre dejara el oficio, y la tienda, dedicándose únicamente á cultivar su hacienda, y ellas al juego y á las diversiones.

El tio Golondrino era muy bonachon, y adoraba á su mujer y á su hija: jamás habia pensado en otra cosa que en trabajar, complaciéndose al ver á su mujer con los naipes en la mano, dando lecciones y haciendo grandes partidas con los jugadores mas afamados del pueblo.

Por su parte, la Golondrina, era tan orgullosa como su hija, odiaban á los nobles porque se veian despreciadas por ellos, y, sin embargo, su mayor afan era tratarlos y ser admitidas en sus reuniones.

La familia de Genaro, que así se llamaba el Lechugui-

no, era la mas rica y la mas noble del pueblo, y por consecuencia, la tia Golondrina y su hija, intentaron muchas veces introducirse en la casa, siendo siempre rechazadas con desden.

Ajado su amor propio, se propusieron conquistar á Genaro, que era uno de los hijos menores, y lo consiguieron halagándole mucho, y tambien porque era gran jugador y con la Golondrina hallaba su pasion satisfecha.

Cuando llegaban las vacaciones, que Genaro iba al pueblo, no salia de casa de la tia Golondrina, á pesar de las amonestaciones de sus padres y de sus hermanos, que no podian alternar con semejante familia.

Así empezaron los amores de Genaro con Juana.

Se le recibia en aquella casa como á un hijo; se le adu-
laba, y halagando sus pasiones, que eran el juego y el vino, consiguieron dominarle por completo, le malquistaron con sus padres, obligándole á que dejara los estudios y se casara con Juana, cuando apenas tenia veinte años.

Ellas, en su afan de emparentar con los hidalgos mas ricos del pueblo, no pensaron en las consecuencias que podia tener un matrimonio tan desigual y verificado en circunstancias escepcionales.

Genaro se escapó de su casa sin mas que la ropa puesta, y entró en la de su futuro suegro sin un céntimo; ellos le vistieron y atendieron á todos los gastos de la boda, diciendo con la mas íntima satisfaccion, que tenian un hijo mas y que no necesitaban nada de la casa grande, donde no habia mas que pergaminos y deudas, mientras ellos podian apedrearlos con peluconas.

El primer año, en que tuvieron un niño, todo fué ale-

gría y bonanza en casa del tío Golondrino; pero murió éste, y la casa quedó bajo la dirección de Genaro, que era un holgazán de marca mayor, que no había aprendido á trabajar, ni á ganar dinero, ni á guardarlo, y, que por apén-dice tenía dos vicios incorregibles; el vino y el juego.

Por otra parte, la familia de Genaro, no transigió jamás con las Golondrinas, y ellas, que esperaban vencer aquella resistencia con el tiempo, se llevaron un solemne chasco, porque la puerta de la casa grande les estuvo siempre cerrada.

Tuvieron una niña y un niño, y los enviaron con frecuencia á casa de sus abuelos: pero eran rechazados con desden.

Qué maña se daría Genaro para dirigir la casa, que á los tres años tuvieron que empezar á vender fincas, y pedir cantidades á préstamo para emprender negocios que todos salían mal, porque desde que murió el tío Golondrino en aquella casa no había piés ni cabeza.

Con la entrada de Genaro se adquirieron hábitos aristocráticos, se crearon necesidades que antes no se conocían, y se abandonó el comercio, que los había enriquecido.

Como solo el orgullo y la fatuidad había hecho este matrimonio, no podía durar mucho tiempo la armonía, y empezaron las disidencias entre la suegra y el yerno, y entre el marido y la mujer.

Mujeres ambas sin educación, y sin ningunas formas sociales, empezaron á herir á Genaro, arrojándole al rostro todo cuanto habían hecho por él, y tributándole de una manera grosera toda clase de calificativos denigrantes y soeces, que le irritaron, á pesar de que su carácter era apa-

cible y bondadoso. La suegra le llamaba Camándulas.

Un día le cogieron de mal humor, y, sea porque ya estaba cargado de ellas, ó porque se hubiera entregado con exceso á la bebida, agarró una estaca, y á la madre y á la hija las dió una paliza soberana, dejándolas medio muertas, y alborotado el lugar por el escándalo que dieron.

Entonces, temblando y lleno de miedo, por haberse dejado llevar de aquel acceso de furor, ensilló su caballo, y, saliendo por una puerta que iba al campo, se marchó á incorporarse á la partida de facciosos que capitaneaba el Curro.

CAPITULO LXXI.

Recuerdos.

Ya conocen nuestros lectores á grandes rasgos la historia de Genaro, conocido en la faccion por el Lechuguino y por Camándulas en la calle del Duque del Alba, donde en compañía de su mujer Juana la tuerta, le han visto en los primeros capítulos de este libro.

Empezamos estos sucesos en el año 1854 y hemos retrocedido para contar la historia de los personajes que en la citada época dimos á conocer; ahora estamos en Mayo de 1840.

Serian las nueve de la noche cuando Rosa y Genaro llegaron á Moralejo.

Vivamente conmovida la jóven al pisar otra vez aquellos sitios donde tanto habia amado y sufrido, sintió que iba á romper á llorar, y haciendo un esfuerzo sobre humano para contenerse echó por detrás de las tapias del pueblo con direccion á su casa.

No hacia luna; de manera, que en una completa oscuridad llegaron hasta la puerta de la corraliza, gracias al perfecto conocimiento del terreno que tenia Rosa.

Las puertas y las ventanas estaban herméticamente cerradas.

En la casa contigua vivia la tia Gervasia, pero Rosa que habia conservado una llave, abrió sin tener que incomodar á la anciana que ya á aquellas horas estaria durmiendo.

En una bolsita que llevaba colgada al cuello conservaba la llave con otros objetos que eran para ella sagrados recuerdos de aquella época de su vida.

La sacó y la puso en la cerradura.

Su mano temblaba, y hondos sollozos se escapaban de su pecho.

Fué preciso que Genaro la dijera:—yo abriré—para que se sobrepusiera un poco á su extraordinaria emocion.

—Ah! no hay necesidad; pues, no faltaba mas! yo que no he temblado ante las balas, ni al verme suspendida en el precipio..... me acobardo y lloro ante la idea de penetrar en esta casa!..... ¡Ea! valor.

Y abrió encontrándose en una especie de jardinillo, cubierto de parras.

Entraron los dos y cerraron por dentro.

Rosa miró en torno suyo, todo estaba como cuando lo dejó; allí habia aprendido su hijo á andar, allí estaba la puerta de la cuadra donde Jaime entraba el caballo las noches que iba á verla.

Aun se conservaban en el pesebre los restos de la última cebada que comió.

El Lechuguino por indicación de Rosa había comprado en Huesca velas, algunos objetos necesarios y provisiones de boca para algunos días.

Encendió una, siendo el primer impulso de Rosa entrar en un pequeño patio que encontró naturalmente vacío; nadie había penetrado en él desde que la joven se marchó.

En aquel patio había una ventanita alta que iba al patio de la tía Gervasia.

Rosa se acercó á ella y subiéndose en un banco de maderama miró al otro lado, con ánimo de ver si la anciana tenía luz en su cuarto.

—Calla! exclamó Rosa, sorprendida; hay caballos en el patio; en la cocina se vé luz y suena gente; si tendrá huéspedes la tía Gervasia.

Y descendió con cuidado.

—No decía usted que esa mujer tenía las llaves de esta casa?... la preguntó Genaro en voz baja.

—Sí, la de la puerta de la calle, yo conservé como has visto la del campo; vamos á ver si están cerradas las habitaciones.

Salieron de un patio, atravesaron el otro y entrando en el soportal, Rosa se dirigió hácia la puerta de la sala que había ocupado siempre, alzó el picaporte y la puerta cedió.

—Oh! fortuna!... está abierta!... exclamó entrando resueltamente.

Había conseguido dominar su primera emoción, y fuerte ya ante sus recuerdos los afrontaba con valor; pero no pudo contenerse al ver la cuna de su hijo, colocada junto á la ventana con su blanca colgadura como ella la tenía cuando esperaba á Jaime.

Sobre la cuna estaba todavía la pandereta del niño, aguinaldo de la tia Gervasia en la noche de Navidad. Era el último objeto que habian tocado sus manos infantiles en aquella casa, del que no quiso desprenderse y se durmió con él hasta que bruscamente le fué arrebatado por su padre momentos antes de llevarsele.

Rosa sin ser dueña de sí, se lanzó hácia la cuna, cayó de rodillas, cogió la pandereta y la besó mil veces con frénético delirio.

Genaro la contemplaba estupefacto.

Ignoraba la historia de aquella mujer singular, tan valiente, tan decidida en los combates; pero adivinó un drama en su vida, drama misterioso que anhelaba conocer en todos sus detalles.

Despues de este desahogo de la maternal ternura, la infeliz madre se levantó, fué hácia la alcoba y lo recorrió todo bebiendo con ansia el veneno de los recuerdos que contenian aquellas paredes, aquellos muebles y aquellos objetos queridos.

Sus ojos se fijaron en la Virgen del Pilar donde tantas veces habia ido á arrodillarse en sus largas noches de perpétua espera, durante aquellos seis años que fué amada por Jaime.

Me has abandonado!... me has abandonado!... Virgen mia!... exclamó saliendo de la alcoba y repitiendo con tris-tísimo acento: me has abandonado!... Madre mia!...

Su corazon estallaba.

Adormecidas sus penas por el género de vida que habia adoptado en los tres años que estuvo con los bandidos, llegó á creerse insensible, cerradas del todo sus heridas. Se

engañaba sin embargo, y su dolor estalló al primer choque, como estalla la lava de un volvan oculto en las entrañas de la tierra.

En el parasismo del fuerte sentimiento que la dominaba, se olvidó de Genaro entregándose á la desesperacion mas violenta.

Daba vueltas de uno á otro lado, iba á sentarse junto á la ventana al pié de la cuna, mecía con el pié como si aun durmiese el niño, y aplicaba el oido hácia el campo, creyendo escuchar á lo léjos el monótono y acompasado galopar del caballo que conducía á su amante.

Su corazon se estremecía convulsivamente.

Pálida y conmovida con la mirada fija en la ventana, retratábase en su rostro una espresion profunda de ansiedad, de temor y de esperanza.

De pronto se oyen en el camino los pasos de un caballo, se detiene delante de la ventana y suenan dos golpes.

Rosa se levanta despavorida y abre las maderas.

Tenia la llave en la mano y la entregó al que llamaba, tan naturalmente como lo hacia otras veces.

— Jaime, eres tú?... toma!... exclamó.

— Soy el Curro, querida Rosa; ya estoy aquí!... exclamó desde fuera una voz alegre.

Al oir aquella voz y al ver cerca de sí á Genaro que acudió presuroso á la ventana, salió la infeliz de su delirio y arrojando un grito penetrante cayó sin sentido sobre la cuna.

El Lechuguino salió corriendo á buscar agua, pero no la encontró.

El Curro comprendió que la llave que le daba Rosa era

de la puerta inmediata á la ventana; se apeó, fué á abrir y entró cerrando despues de haber hecho entrar al caballo.

—Ah! no tenia pérdida esta casa!... murmuró el bandido; me dijo que frente á la cruz de piedra, tampoco se equivocarán los compañeros.

Y entró resueltamente por el patio adelante tropezando con el Lechuguino.

—Rosa está muy mala!... exclamó éste; venga usted, capitan, venga pronto.

—Es posible?... vamos, vamos; y se dirijió á la sala detrás de Genaro.

—No he hallado agua en toda la casa; pero por fortuna tengo aquí mi frasco de aguardiente; dijo el Lechuguino levantando á Rosa y haciéndola aspirar los vapores del alcohol.

Poco despues volvió en sí; miró con tristeza en su derredor, reconoció al Curro y á Genaro y volvió á cerrar los ojos apretándose el corazon con la mano.

—Yo daria á usted un poco de agua, pero no la he hallado en toda la casa; dijo Genaro.

—Gracias!... debajo de la parra está la cisterna; pero no quiero nada; dejadme solamente descansar y mañana hablaremos.

Se desprendió de los brazos que la sostenian y se dirijió tambaleándose como si estuviera ébria hácia la alcoba; se tendió en la cama y prorrumpió en llanto.

Esto la salvó. Los dos bandidos se miraban con asombro sin decir palabra.